



14 de abril 1931. Proclamación de la II República Española



En esta cuarta entrega de la serie dedicada a *Suilevación de Jaca* y sus consecuencias históricas, tratamos de la proclamación de la II República española cuyo 93 aniversario se cumplirá este domingo día 14. Y comenzamos con un texto de nuestro admirado visitante, el periodista Carlos Sampelayo que publicó su estudio en la revista *Tiempo de Historia* nº 65 de abril de 1980. Trataremos también de la huida de Alfonso XIII a su acomodado exilio y trataremos también de la reina, Victoria Eugenia de Battemberg, y de su separación –ya en el exilio- del exmonarca-, reina que observó bastante más dignidad que su exmarido.

Los antecedentes inmediatos del 14 de abril

Como ya contamos hace unas pocas entradas al hablar de la Sublevación de Jaca y sus antecedentes en la dictadura de Primo de Rivera, se recordará que el dictador había dimitido el 28 de enero de 1930; dictadura que, por cierto, había sido bendecida por el monarca Alfonso XIII desde el mismo momento de su imposición en septiembre de 1923.

A la aceptación pasiva por una parte de la sociedad, benevolente con los principios prometidamente regeneracionistas del dictador, el tiempo fue degradando los primeros auspicios y convirtiendo la dictadura primorriverista en dictadura dirigida por un admirador de Mussolini, y represiva con las organizaciones obreras desde sus principios.

A la dimisión de un acabado Primo de Rivera sucedió dos días después otro militar, Dámaso Berenguer, que juró su mandato el 30 de enero. Fue Alfonso XIII quien le encargó la formación de un nuevo gobierno, asunto que asumió con la resignación de quien iba a presidir la que fue denominada como la *Dictablanda* con evidente intención continuista de no romper sus anteriores lazos.

La sociedad civil y sus poderes, incluidos no pocos influyentes monárquicos, iban en dirección contraria al monarca -sobre todo por supervivencia-, y por tanto a su nuevo *blandodictador*. Los nubarrones que auguraban tormenta en la corona de Alfonso XIII amenazaban granizo.

El *Pacto de San Sebastián*, de agosto de ese 1930, conjuraba a casi todas las fuerzas democráticas, republicanos o socialistas de diferentes sensibilidades para acabar con una monarquía corrupta e inoperante.

Y así llegamos a la frustrada Sublevación de Jaca. Su fracaso, que acabó con el fusilamiento de algunos sublevados cuyas icónicas figuras fueron los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, marcaría, no obstante, un abismo definitivamente insalvable entre la monarquía de Alfonso XIII y una abrumadora mayoría del pueblo español.

Un quemado Dámaso Berenguer presentaría al monarca su dimisión el 18 de febrero de 1931 y la nueva responsabilidad de gobierno recaería ese mismo día sobre otro militar, el almirante Juan Bautista Aznar, cuya presidencia aguantó menos de dos meses arrasada por el abrumador resultado de las elecciones municipales del 12 de abril que dieron pie a la huida de Alfonso XIII y la clamorosa proclamación de la II República española.

A las 10 de la mañana del día siguiente de las elecciones, sábado 13, el presidente Juan Bautista Aznar, al entrar en el Palacio de Oriente para celebrar el Consejo de ministros, fue preguntado por la prensa si habría crisis de gobierno. Aznar contestó:

¿Qué si habrá crisis? ¿Qué más crisis desean ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se despierta republicano?

La suerte estaba echada.

Leemos unas esclarecedoras palabras en un ensayo de Gonzalo J. Martínez y Pedro Payá López. Universidad de Alicante. □



Almirante Juan Bautista Aznar, sucesor de Dámaso Berenguer



Defensa de una rebelión: la causa por el Manifiesto Revolucionario de 1930. De propósitos, responsabilidades y legitimidades políticas. (fragmentos finales del ensayo, el juicio a los detenidos y las conclusiones)

Gonzalo J. Martínez Cánovas, Pedro Payá López. *Historia Constitucional. Revista Electrónica de Historia Constitucional* nº 23, año 2022, pgs. 167-198. Fragmento Conclusiones, pgs. 194-196

Al fracaso insurreccional de diciembre de 1930 le siguieron jornadas de desconcierto en el seno del Comité Revolucionario (CR). Sin embargo, la encarcelación de seis de sus miembros acabó teniendo una rentabilidad política notable que tuvo que ver con la representación simbólica, y a partir de entonces con «sede permanente», del conflicto de poderes que los revolucionarios habían comenzado a dar forma en el Pacto de San Sebastián. La Modelo de Madrid se convirtió en un lugar de peregrinación para rendir reverencias a los líderes de la causa. Todo el país conocía dónde estaba aquel contra gobierno que discutía la legitimidad del poder al Poder institucionalizado. De la misma forma, si durante las pocas jornadas que restaban del año y el comienzo del siguiente el nivel de las movilizaciones colectivas bajó significativamente respecto al que se había exhibido en otoño, los acontecimientos políticos que se sucedieron durante las primeras semanas de 1931, el horizonte de los consejos de guerra de marzo y la recuperación del pulso político por parte del CR marcaron de nuevo un aumento exponencial de su intensidad.

La Modelo no fue ni mucho menos el centro político más importante de Madrid durante los primeros meses de 1931. Pero lo sustancial es que, a buena parte de la opinión pública, incluso entre la élite dirigente, así se lo pareció. Es muy significativa al respecto la confesión de Juan de la Cierva y Peñafiel, por su condición de ministro de Fomento del Gobierno Aznar y por constituir uno de los más fieles resortes políticos que le quedaba a la Monarquía. Ciertamente, la amenaza «latente» de aquel «poder de hecho» incidió en la conciencia de los políticos que lo ejercían de manera efectiva. Mientras esperaban juicio en prisión, la proyección pública del GP como contra gobierno se multiplicó exponencialmente, al tiempo que lo hizo también su capacidad para la agitación de las masas. La circunstancia se vio favorecida por el levantamiento oficial de la censura de prensa —por más que tuviera, como se demostró, un recorrido muy corto—, el papel de extensión propagandística de instituciones como el Ateneo y el Colegio de Abogados de Madrid, el impacto mediático de visitas como la del portugués Alfonso Costa, la de las fuerzas catalanistas y —sobre todo— la de José Sánchez Guerra con su propuesta ministerial y la desorientación que exhibieron las fuerzas monárquicas en su intento de resolver no ya la crisis de Gobierno de febrero, sino el reto de llevar a buen puerto el proceso de transición de la dictadura a la proyectada «normalidad» constitucional. Y al frente de aquel desconcierto, el «desacreditado» Alfonso XIII. Este conjunto de circunstancias permitió que los dirigentes revolucionarios no solo recuperaran el pulso, sino que también pudieran proyectar la sensación de que contaban con la iniciativa política.

Por paradójico que pueda parecer, la permanencia en la cárcel de los dirigentes revolucionarios no se tradujo en el fortalecimiento de la capacidad coercitiva del régimen. Muy al contrario, dio inequívocas muestras de su erosión y supuso el capítulo preliminar de su desmoronamiento, que tendría su máxima expresión tan solo algunas semanas más tarde de la excarcelación del CR con el desenlace de las elecciones de abril. Emilio Mola, que fue al tiempo observador privilegiado y «víctima» circunstancial, dejó al respecto un testimonio notablemente expresivo. De los miembros del CR cruzó la frontera el que quiso huir, se mantuvo oculto en el país el que así se lo propuso y se dejó detener el que no hizo nada por evadirse de las autoridades. Incluso el desconcierto inicial tras el fracaso se debió principalmente a los errores propios en la deficiente preparación y peor ejecución de la insurrección. Pero una vez recuperado el pulso revolucionario, los presos se comportaron en la cárcel como un auténtico poder de hecho. Y bajo esta condición se presentaron al gran *mitin republicano de las Salesas*.



Si por un lado las defensas desplegaron una pluralidad argumentativa respecto a la inconsistencia de la acusación sobre la responsabilidad de los acusados en los hechos probados, por otro se adoptó un alegato común en torno a las tesis doctrinales de la delincuencia *evolutiva*. El fundamento residía en la idea de la revolución legítima frente a un poder ilegítimo. Lo sustancial era plantear un conflicto de poderes, exponer la ilegitimidad de un poder usurpador de la soberanía nacional desde el momento en el que perpetró un golpe de Estado *desde dentro* y proyectar a la opinión pública la idea de que quienes se sentaban en el banquillo de los acusados eran los integrantes del futuro Gobierno de España. En este sentido, se puede considerar el primer y más importante acto propagandístico de una campaña electoral que arrancó a los pocos días del desenlace del juicio. Todos los argumentos sobre propósitos, responsabilidades y legitimidades —de lucha del pueblo soberano contra la tiranía, ya fuese en su versión dictatorial o bajo la pretendida restauración monárquica, de la reconquista de los derechos ciudadanos, la ley y la democracia...— que se repetirán durante los cientos de mítines que celebró la coalición republicano-socialista, habían estado ya presentes en los discursos de las defensas durante la vista del Consejo de guerra.



Las calles de Madrid ocupadas pacíficamente y con entusiasmo por la ciudadanía-

ron por su ausencia durante toda la campaña. Se hablaba de cuestiones de Estado y los que hablaban se presentaban como los futuros gobernantes del país. □

La estrategia para la lucha del 12 de abril quedó completamente definida en la cárcel, por el pensamiento y voluntad de unos dirigentes que no contemplaban el final del régimen de manera distinta a la culminación de un proceso revolucionario. Más allá del golpe anímico que supuso para unos y otros, la sentencia del juicio —que asumía implícitamente buena parte de los argumentos de las defensas— reforzó la credibilidad de las fuerzas revolucionarias y mermó en el mismo sentido la del débil Gobierno monárquico. La sensación generalizada fue que tanto la capacidad de movilización como la iniciativa política estaban más cerca de los que pretendían subvertir el poder que de los que lo ejercían. Si la proclamación del 14 de abril fue un resultado no previsto tras unas elecciones municipales, los ingredientes para la caída —en absoluto inevitable— del régimen monárquico sí que se mostraron patentes durante los meses que le precedieron. Y con un estado de polarización entre la opinión pública convenientemente alimentado desde las filas anti-monárquicas, los problemas locales brilla-



Alfonso XIII o la decisión de un *salvador de España*

El día 13 de abril, ante la apabullante derrota que sufrieron las derechas, sobre todo las monárquicas, que habían convertido en plebiscito unas elecciones municipales esperando un mal resultado, pero no una derrota de tamañas dimensiones, el monarca escribió un documento que leería a su consejo al día siguiente antes de huir solo, sin su familia y abrigado por varios de sus ayudantes en uno de sus deportivos de lujo que los llevaron a Cartagena para tomar un barco hacia el autoexilio.

Se habla de abdicación, mas no lo fue, puesto que hablaba de un momentáneo apartamiento, no renunciando a sus derechos-. Alfonso XIII apoyaría desde su dorado y económicamente cómodo exilio, a la sublevación contra la democrática República española, donando a las tropas franquistas un millón de pesetas –y también mediando la ayuda de Mussolini para su participación- con la esperanza de recuperar la corona si los facciosos conseguían el poder de forma ilegítima y, la Historia lo corrobora, sangrienta en la guerra y en los años de dictadura férrea que la siguieron.

No sería así, su admirado general Franco iba a fallarle pues no oensaba ceder el poder que disfrutaría durante cuarenta años.

Parece que a su precipitada salida dijo: *Espero que no habré de volver, pues ello sólo significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz*

El pueblo español ni fue próspero ni feliz. Franco ya se cuidó de ello.□

Alfonso XIII se despide del país. Publicado en ABC, 17 de abril de 1931

«Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez, pero sé bien que nuestra patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.»



Alfonso XIII en arduoso esfuerzo por el pueblo español. Londres 1932



El 14 de abril en Madrid

Carlos Sampelayo. Revista *Tiempo de Historia*. Año VI, nº 65, abril 1980. Pgs. 36-43.

En el calendario español sólo hay un 14 de abril: el de 1931. Nació soleado y alegre, con una emoción incontenida, empujando a las gentes de Madrid, en bloque, hasta la Puerta del Sol, aquellas gentes que por toda revancha se satisfacían gritando-a coro por calles y plazas, los «slogans» surgidos espontáneamente, creados no se sabe por quién--como todos los «Slogans»-, de «¡No se ha ido, le hemos echao!» y «¡Un, dos, tres, muera Berenguer!» En grupos comparseros, en camiones, en la clásica *manuela* que albergaba a toda la familia de barrios bajos. (Para nuestros jóvenes confusos hemos de decir que Berenguer fue el hombre-débil de los últimos gobiernos monárquicos, y *manuela* era un coche de alquiler descubierto, como una calesa, tirado por un solo caballo -no *dos caballos*- donde todo castizo «señor Julián» o «señor Luis el tumbón» embarcaba a la mujer y los hijos en verano para ir de juerga los domingos. Y eso fue el 14 de abril, que era martes, una «juerga», una verbena adelantada, la «Verbena de abril».

Y para terminar el paréntesis, digamos que aquel cochecito, cuando estaba cubierto --en invierno- se llamaba «Simón»).

Bueno, pues el grito de ¡No se ha ido, le hemos echao! puede decirse que acabó momentáneamente -un momento de 44 años- con la monarquía. Para una generación al menos, ya desaparecida o arrinconada, fue definitivamente. Como si el 75 hubiera salido la gente a la calle gritando «¡No se ha muerto, le hemos **matao!**», cosa que tampoco era cierta del todo.

No haría falta preguntarse por qué la gente se ha manifestado siempre en Madrid hacia la Puerta del Sol, ya que la Puerta del Sol 'ha sido en la historia eco de todas las «campanadas». Y esta era muy gorda. No. La gente, el pueblo en masa, iba por la noche a la Puerta del Sol esta vez, porque en el triste edificio del Ministerio de la Gobernación, hoy DGS, estaba reunido el Gobierno provisional de la república, elaborando decretos. El primero de ellos nos dejó asombrados a los periodistas y el elemento popular que se hallaba amazacotado en el salón Goya del Ministerio, antesala del despacho del ministro, donde se hallaba reunido el Gobierno. Abrió la puerta Alcalá Zamora y dijo:

-¡Señores! El Gobierno provisional de la República acaba de nombrar Fiscal de la misma a don Angel Galarza y Gago.

Y se metió otra vez en el despacho, cerrando la puerta. Hubo un murmullo de desconcierto y frustración. Se esperaba un primer decreto generalizador de los acontecimientos. Algo apabullante se dio a entender que se había estado deliberando mucho tiempo nada más que para efectuar un nombramiento sin gran transcendencia para un hombre poco transcendente. Pero esta crítica sólo fue formulada por los periodistas. El resto del pueblo llano aplaudió y vitoreó al régimen que empezaba.



El 14 de abril celebrado masivamente en Zaragoza





Madrid Puerta del Sol

(elecciones), el 13 y el 14.

También se lanzaron a la calle los monárquicos gritando «¡Viva la República! ». Uno los conocía y no podían engañarle. Más tarde, pasado el miedo, comenzarían a asesinarla. Eran otra clase de hombres del 14 de abril. Los que habían de forjar después las calumnias contra los que en esa noche ocupaban el despacho ministerial de Gobernación.

EL GOBIERNO Y EL PUEBLO

Faltaban en aquel Gobierno reunido con propósito de permanencia, cuatro ministros a los que se esperaba antes de tomar decisiones definitivas: Entre ellos Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, que llegaron de París antes de expirar el día 15. Más hábiles que sus compañeros, sobre todo el primero, habían eludido la cárcel y escapado a Francia meses antes de la elección republicana por el pueblo, que consiguió enterrar con su voto a todos los políticos zancadilleros de aquella monarquía. Ninguno volvió a surgir tras la fecha carismática del 14 de abril.

Con ella habían terminado los sucesos de la Facultad de Medicina que comenzaron el día 5. Los guardias que situaban el viejo caserón se abrazaban ahora a los estudiantes y alguno lloraba emocionado tirando el fusil, y gritando:

-¡Yo soy más republicano que Dios!

La fecha se avizoraba desde varios días antes. Tanto que un político republicano, ya ministro del Gobierno provisional, lo había dicho como premonición en un mitin electoral:

-¡La República se proclamará el día 14!

Narrar todos los incidentes anecdóticos que ocurrieron en los días 13 y 14 de abril de la primavera de España» sería objeto de un libro. Había la seguridad en todos los corazones -y no se sabe por qué de que en aquellos tres días, 13, 14 y 15, el pueblo habría de portarse con el civismo ausente de violencias con que se portó.

Desde Éibar, la ciudad pionera de las proclamaciones republicanas, hasta el último pueblo del país, nadie se **salió de madre**. Ni saqueos ni crímenes. Se daba razón al tópico que se propagó después: «La República de las manos limpias de sangre».



El alcalde eibarrese se levantó muy temprano en la mañana del 14. A las siete izaba la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento, y en solemne sesión municipal proclamaba el nuevo régimen. Las agencias propagaron la noticia, y así, a media mañana aparecía la misma bandera en el Ayuntamiento de Barcelona. A la una se izaba en la torre central del Palacio de Comunicaciones de Madrid, entre un clamor imponente. Era el primer edificio público madrileño que la ostentaba.

Durante todo el día, a cada hora, se recibían en los periódicos noticias de las proclamaciones en toda España. A Éibar, Barcelona y Madrid, siguieron por el mismo orden, Valencia, Sevilla, Oviedo y Zaragoza durante la mañana del 14, sin incidentes de gravedad, con el mayor entusiasmo de las poblaciones.

El general Sanjurjo, director de la Guardia Civil, supo en la mañana del 14, que el capitán de servicio en el Ministerio de Gobernación había respondido a una orden telefónica del propio rey que los soldados no le obedecerían si los mandaba salir a la Puerta del Sol a disolver la masa humana vitoreante y entusiasmada. Se lo comunicó al general el subsecretario, a las nueve, igual que la petición real de que se proporcionara una escolta para salir de España.

LA CORONA EN LA CALLE

Luis Esteban de Aldecoa y yo teníamos por misión periodística seguir al rey hasta su salida de España. La conjetura de que saldría en automóvil por el túnel del campo del Moro para enlazar con alguna carretera general, nos mantuvo en vigilancia de aquel lugar durante toda la tarde del 14 de abril. Teníamos a nuestra disposición un «Nash» y 600 pesetas en el bolsillo, cantidad más que suficiente en aquellos tiempos para un viaje hasta cualquier frontera u litoral español, y volver.

Frente al túnel hay un puente privado sobre el Manzanares, que enlaza a su vez con la puerta central de la Casa de Campo después de atravesarse una carretera de segundo orden, unión entre las de Extremadura y Andalucía. Era el sitio lógico; pero el «Cort» del rey, que a él le gustaba conducir a gran velocidad, no aparecía. La tarde estaba sosegada en aquel punto, y sólo una pareja de guardias a caballo, nos miraba con cierto recelo desde la entrada a la finca campestre.

Desde un merendero a orillas del río, llamábamos continuamente al periódico para saber si las conjeturas o noticias habían cambiado. Siempre se nos decía que siguiéramos allí, hasta las ocho de la noche, en que se nos comunicó el aplazamiento de la marcha del rey para el día siguiente. -Id a palacio --nos ordenó el redactor jefe- a ver qué información hay allí.

En palacio entramos exhibiendo nuestros carnets, por la puerta de Bailén, y vimos cómo algunos porteros y lacayos se arrancaban las coronas de los uniformes en señal de acatamiento finiquitado. La gran sala del vestíbulo del despacho real, estaba llena de personajes de la nobleza entablados en un guirigay de discusiones. Se interrogaban los unos a los otros, apreciando la situación en distinta forma. Nadie sabía nada, igual que los periodistas, y esperaban la salida del ministro de Estado, en larga conversación con el Monarca. De pronto, apareció en la puerta del despacho, renqueante y sombrío, el conde de Romanones. Se hizo el silencio expectante y el ministro explicó:

-Señores ... Su majestad el rey acaba de abandonar palacio hacia el exilio, por consejo mío . Me encarga que les despida en su nombre.

Eran las ocho y veinte de la noche. En efecto, había salido por el túnel.



Éibar, en la foto, y Jaca, dos primeras ciudades en proclamar la II República



La reacción de los nobles contra el conde fue inmediata y violenta. Alguna condesa llegó hasta insultarle, pero él no se inmutó. Sustituyendo su habitual sonrisa de ironía por la de amargura, atravesó por entre aquel enjambre sorprendido y bajó la gran escalera hacia la calle, hacia su ostracismo político definitivo.

Aquella noticia culminante de la historia se supo en seguida por todo Madrid: el rey se había marchado y la reina seguía en palacio, serena, estoica, resignada, rodeada de sus hijos, recluida en las habitaciones del ala izquierda frontal, en el esquinazo de la calle de Bailén y los jardines, confiada a su pueblo, que desfiló durante toda la noche por allí, con respeto y emoción. Las ventanas estaban cerradas y a oscuras, pero todos señalaban hacia ellas y bajaban la voz, corno para no turbar un sueño imposible. Hasta los coches reprimían la marcha y los claxons.



A la mañana siguiente, nuestro tándem informativo supo por confidencias la salida de la reina. Marcharía con sus hijos en automóvil por la carretera de La Coruña, acompañada de un breve séquito del que formaría parte el director de la Guardia Civil, general Sanjurjo.

No se pudo evitar que nos uniéramos al grupo y emprendimos una marcha cuya lentitud nos causó cierta sorpresa por la creencia incierta de que haríamos un viaje largo. Pero las cábalas dieron en la diana de la suposición al emprender la regia comitiva el camino de El Escorial.

Nuestra sensibilidad se emocionó un instante cuando la reina se detuvo a la altura de Galapagar. Quería despedirse de un Madrid en perspectiva, del paisaje inmortalizado, entrevisto durante veinticinco años en los salones de palacio. Allí estaban los chopos y las nubes bajas de Goya, y al fondo la ciudad hirviente de aquellos días.

Se sentó en una piedra, que puede estar allí todavía, porque era una piedra hincada en la tierra, como un pedestal. La reina hablaba tranquila, sin traslucir la emoción, con no más de seis personas del acompañamiento, que se le acercaron. Los periodistas nos mantuvimos a distancia. Hablaba de su destino inmediato, daba las gracias a unos y a otros, y de vez en cuando miraba hacia la lejanía. Sus hijos callaban apartados, mirado también hacia Madrid.

El silencio soleado de la carretera lo rompió de pronto una algarabía popular que puso a todos los pelos de punta. Dos camiones llenos de jóvenes republicanos, aunque pacíficos gozosos, avanzaban desde Madrid, gritando el «Slogan» del momento refiriéndose al rey:

-¡No se ha ido! ¡Le hemos «echao»! ¡No se ha ido! ¡Le hemos «echao»!

Nuestra angustia crecía a medida que se iban acercando las voces en coro rítmico y escandaloso. La reina reaccionó sin miedo, expectante; no se movió de su improvisado asiento.

Sanjurjo, con presencia de ánimo, se adelantó lentamente hacia los camiones haciéndoles señas para que se detuvieran. Lo hicieron, y con la sonrisa más amable que pudo sacar de su hosco semblante, el general les explicó a los muchachos lo que pasaba. «Aquel grupo eran la reina y sus hijos que contemplaban Madrid por última vez, camino del Escorial donde tomarían el tren para marchar al exilio».



--Por favor, tengan ustedes compasión ...

Los gritos habían enmudecido. Los jóvenes que ocupaban los camiones, con sus banderas republicanas alzadas, miraron hacia el grupo comunicándose unos a otros lo que ocurría, casi en voz baja, como si se tratara de un duelo, que en cierta forma lo era, y dieron la vuelta camino de Madrid, calladitos, sin mayor escándalo que el roncar de los motores.

Ese era el pueblo republicano que había votado el 12 de abril, sin más armas que el sufragio ni espíritu de revancha tras el triunfo. Aquel pueblo que la noche anterior custodiaba el Palacio de Oriente y silenciaba en torno las voces altas para que pudiera dormir la familia del rey.

Y pensar que yo creí en un momento que podría haberse producido en Galapagar un nuevo Ekaterinemburgo ...

LA IMPORTANCIA DEL 14

La primera «Gaceta» republicana publicaba el siguiente:



Decreto declarando festivo el día 15, y disponiendo que en los años sucesivos sería fiesta nacional el día 14 de abril

Se sancionaba con esto la importancia del 14, lleno de miedos injustificados y confusión en las hasta entonces altas esferas, puesto que a las cinco de la tarde creyeron los ministros de la Corona y el propio rey, que habían turnado posesión del Gobierno los republicanos, cuando fue a las ocho y media la hora en que entraron en Gobernación los firmantes del Pacto de San Sebastián, garantía que! hizo portarse al pueblo con civismo, salvándose muchos patrimonios, instituciones y personas en el día, funesto para el rey. Y los monárquicos, del 14 de abril.

Sin embargo, el conde de Romanones, en su Historia de cuatro días, trata de darle dramatismo al día, para valorizar su papel. Y refiere una conversación que tuvo con la reina urgiéndole a que abandonara Madrid cuanto antes. Dice:

«Es posible que se acordara -la Reina- de esta conversación en la noche del 14 al 15, cuando percibía los gritos de la muchedumbre a las puertas de Palacio y las oía retemblar por los empujones de los asaltantes.(... ».

Si esto hubiera sido verdad, ¿habría podido el conde escribir ese libro?

Luego habla de los esfuerzos que tuvo que hacer el director general de Seguridad de la República, don Carlos Blanco, para salvar la vida de aquella familia real la misma noche. Completamente absurdo. Imposible que don Carlos Blanco tuviera que hacer «esfuerzos por salvar la vida» de alguien la noche del 14, porque no fue nombrado director de Seguridad hasta el 15, en que tomó posesión del cargo, y había pasado la noche del 14 charlando despreocupadamente con

otros republicanos, en el salón Goya de Gobernación.

Al dibujante Bon le regalaron un perro aquel día y le puso de nombre «14 de abril de 1931». Lo insólito es que el perro no atendía por «Catorce», como pretendíamos llamarle algunos para abreviar. Sólo venía moviendo el rabo si se pronunciaba el nombre completo, con sus cinco palabras. Así le había enseñado su dueño.□



La huida del Borbón

Alejandro Torrús - Diario Público, 14 abril 2013-<https://www.publico.es/actualidad/huida-del-borbon.html>



El hombre encargado de sacar a Alfonso XIII de España describió en apenas nueve folios las últimas horas del rey en suelo español. 'Público' reconstruye su viaje hacia el exilio.

14 de abril de 1931. Alrededor de las 16.30 horas. El todavía rey Alfonso XIII permanece en el Palacio Real de Madrid junto a los ministros del equipo de Gobierno del almirante Aznar. La decisión de abandonar el país ya está tomada. El rey, pensativo, se acercó a uno de los grandes ventanales de Palacio. “Esta es la que casa en la que nació y quizá no volveré a ver”, pronunció. No se equivocaba. Esa misma noche Alfonso XIII huyó de España. Primero se dirigió a Cartagena en su coche deportivo de lujo y allí embarcó en el buque 'príncipe Alfonso' con destino a Marsella. Nunca más volvería en vida. Sus restos fueron trasladados a España en 1980 siendo recibidos por su único hijo vivo: Don Juan, el que nunca fue rey.

Los ministros del gobierno del almirante Aznar estaban reunidos en Palacio desde las 12 del mediodía. La decisión de “empaquetar” al rey hacia Marsella fue tomada el día antes, el lunes 13 de abril. El gobierno había explicado a Alfonso XIII que en caso de querer batallar con las armas el resultado de las elecciones municipales del 11 de abril no podrían contar con gran parte del Ejército y de la Guardia Civil. Solo el ministro de Fomento, Juan de la Cierva y Peñafiel, defendía que el monarca debía permanecer en España. El rey, aseguraba, no quería que se derramara sangre por él. Años más tarde, cuando la Guerra Civil y en una situación óptima para la victoria, Alfonso XIII olvidó el pacifismo, el amor a su pueblo y apoyó fervientemente al general Franco.

Estos son algunos detalles de los nueve folios que escribió el ministro de Marina José Rivera y Álvarez de Canedo, el hombre encargado de sacar al rey de España y trasladarlo sano y salvo a Marsella. El tono es aséptico, casi de nota de prensa. El relato, sin embargo, ofrece todo lujo de detalles de los últimos minutos del monarca en suelo español y de cómo ya en aguas francesas y tras recibir honores militares el rey Alfonso XIII rompió a llorar. “Dispense Don José, no lo he podido evitar”.

“La salida del rey de Madrid fue un acto de cobardía. Se marchó dejando en Palacio a toda su familia. Dejó atrás a su mujer y a dos hijos enfermos, entre ellos, su primogénito, el príncipe de Asturias. De la misma manera, su negativa a luchar es una falacia. No luchó porque no le apoyaba nadie. Ni Sanjurjo se comprometió a sacar a sus hombres a la calle. Su personalidad verdadera la marca su amistad con Primo de Rivera y su adhesión a Franco”, explica a *Público* el catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Murcia Pedro María Egea.



Alrededor de las 21.00 horas de la noche del 14 de abril Alfonso XIII abandonó el Palacio Real por la puerta secreta que daba a los jardines del Campo del Moro. El rey marchó delante en su coche de alta gama, un Duesenberg convertible (imagen). Le acompañan, en el automóvil, el infante Alfonso de Orleans y su ayudante Moreu. El ministro José Rivera y el duque de Miranda irían detrás. Más tarde descubrirían que también les acompaña un coche patrulla de la Guardia Civil. En la calle, la República ya era festejada y la bandera roja presidía el edificio de Correos.

“La primera parada la hicimos en pleno campo y pasado Aranjuez. Bajamos todos y nos reunimos con el rey Miranda y yo, también el infante, que nunca se separaba de él. El rey me dijo: '¿Quién me ha empaquetado a mi para Cartagena? ¿Tú?' y le contesté que sí, que el Gobierno. ¿A dónde vamos después? Ya se lo diré a S.M. Y al oído: a Marsella (sic)”, escribe José Rivera.

Tras esta primera parada, el viaje continuó “a gran velocidad”. Tres veces más detendrían su camino hasta llegar al primero de los destinos: el Arsenal de Cartagena. Allí, describe, Rivera, se agolpaban miles de personas que celebraban el advenimiento de la República y que era contenida por la guardia pública. Tan pronto como estuvo todo preparado, el ya exmonarca de España embarcó en un bote que debía llevarlo a bordo del buque 'príncipe Alfonso'. Antes, el almirante Cervera, jefe del buque, dio “siete vivas al rey”. “Éste contestó con un 'Viva España'”, escribe Rivera. Desde el puente del buque, su punto más alto, Alfonso XIII vislumbró por última vez la tierra de la que había sido rey y que ese mismo día había amanecido republicana.

El 26 de noviembre de 1931 fue acusado de alta traición por las Cortes republicanas. La mañana siguiente, la del 15 de abril, las noticias fueron llegando al buque donde se alojaba el monarca, para su disgusto. Ya era oficial. La República había sido proclamada y el buque donde él partía hacia el exilio debía izar la bandera republicana. “¿Cuándo?”, preguntó el monarca. “Cuando usted esté en tierras francesas y nosotros no estemos en sus aguas”, respondió Rivera. Horas después



Alfonso XIII ya en territorio francés

llegó la notificación de que el infante Juan ya estaba en Gibraltar. El rey quiso contestar pero la misión era secreta y nadie podía comunicarse con el exterior. Ni siquiera un rey depuesto.

“¿Cómo se me despedirá?”, preguntaba el monarca a Rivero, inquieto en su nueva condición de rey exiliado. “Interiormente, con todos los honores”, respondió el ministro para tranquilidad real. De esta manera, el buque llegó a la costa marsellesa a las 5.30 horas de la mañana. “Momentos antes de desembarcar hablé con el rey, que dudaba en la forma de despedirse, pues me preguntó si debía hablar o no. Yo le aconsejé que no hablase y se despidiese uno a uno de los oficiales y jefes. Así lo hizo dándoles la mano y sin pronunciar palabra”, escribe Rivera.

A las 5.55 horas de la mañana el monarca puso pie en suelo francés. Antes, había roto a llorar al ver a los oficiales formar para su despedida. Allí, una comitiva de cuatro o cinco personas esperaba a Alfonso XIII, silbaron y aparecieron unos coches. Era la hora de la despedida. “El rey me abrazó y dijo que me marchase dándome las gracias por todo, le dije que esperaba a que desembarcasen los maletines que venían en otro bote y cuando aquellos estuvieron sobre el muelle y la gente reembarcada me despedí volviendo a abrazarnos al ayudante y a mi”, escribe.





Alfonso XIII, retrato de Gonzalo Bilbao, 1929

Cuando Alfonso XIII abandonó España poseía más de 140 millones de euros [¿? Nota FRKA]

El camino de vuelta estuvo presidido por la bandera tricolor de la República. Se retiraron todos los retratos de la familia real y símbolos de la monarquía. El buque que había zarpado hacia Francia llamándose 'príncipe Alfonso' retornó con el de 'Libertad'. La estocada definitiva a Alfonso XIII fue dada el 26 de noviembre de 1931 cuando las Cortes le acusaron de alta traición y decretaron que cualquier ciudadano español “podrá aprehender su persona si penetrase en territorio nacional”

La reina Victoria Eugenia y sus hijos salieron de España, el día 15 de abril, en el tren de Hendaya rumbo a Francia con la escolta del director de la Guardia Civil, el general José Sanjurjo. “La familia se reuniría poco después en París aunque no hay que olvidar que la reina abandonó a Alfonso XIII y se marchó a vivir a Londres y que este continuaría fuera de España con sus líos de faldas. Su vida se desarrolló a caballo entre Suiza y la Italia de Mussolini”, explica el catedrático Pedro María Egea.

En esta nueva etapa de su vida, no se puede decir que le faltara dinero al depuesto monarca. En el momento de huir su fortuna superaba los 140 millones de euros, de los que un tercio se encontraba fuera del país, tal como ha documentado el escritor José María Zavala en su libro *El patrimonio de los Borbones*. Con el golpe de Estado de 1936 el espíritu pacifista de Alfonso XIII ya había desaparecido y no le importaba el derramamiento de sangre.

Se trataba de recuperar su corona y para ello dispuso un millón de pesetas y medió para Franco e intercedió con Mussolini para que facilitara armamento militar y enviara a España, con la mayor rapidez posible, la aviación militar fascista. También su hijo Juan, padre de Juan Carlos I, mostró su apoyo a Franco en varias ocasiones e incluso le pidió venir a España para luchar en la Guerra Civil. Posiblemente el exrey y su hijo pensaron que Franco restauraría la monarquía borbónica en España. Y así lo hizo. Pero en 1969 y en la figura de su nieto, Juan Carlos I.

Finalmente, el 15 de enero de 1941, muy enfermo, Alfonso de Borbón abdicó sus derechos reales en su hijo Juan, y seis semanas después, el 28 de febrero, murió. Fue enterrado en Roma. La dictadura decretó tres días de luto, y Franco envió una corona al funeral con el mensaje:

A S. M. el Rey Don Alfonso XIII, Francisco Franco. □



Victoria Eugenia de Battemberg. . Una reina consorte con dignidad

Con un año menos que Alfonso XIII, Victoria Eugenia de Battemberg había nacido en el Castillo de Balmoral, en Aberdeenshire, Reino Unido, un 24 de octubre de 1887.

Era nieta de la reina Victoria de Inglaterra y se convirtió en esposa de Alfonso XIII de Borbón entre una serie de posibles opciones matrimoniales que ofrecía el mercado de las monarquías europeas para su subsistencia.

Muy culta, mantuvo una agria relación con su suegra, María Cristina, que nunca fue amable con su nuera y mantuvo un férreo poder sobre su hijo, nacido tras la muerte de su padre Alfonso XII.

La nueva reina se convirtió al catolicismo precisamente para evitar más roces, pero fue imposible. en la I Guerra Mundial, la nueva reina mantuvo su predilección anglófila cuando su suegra era ferviente germanófila. Tuvo que soportar una vida de su marido prodigada en amantes y otro tipo de dispersiones como la afición por la pornografía –Alfonso XIII produjo alguna que otra producción según parece, más o menos demostrada por la aparición, décadas más tarde , de algunas copias que aparecieron escondidas, nada más y nada menos, que en un convento, lugar pío e ideal para la aleccionadora iglesia católica española.

Victoria Eugenia mostró empatía con las necesidades sociales, siendo activa participante en actividades benéficas. Aunque no participó públicamente en la política sí pareció mostrar ninguna simpatía por el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923, dictadura que fue apoyada por su marido, actitud que el pueblo español no perdonó nunca y le costaría, junto a otros actos de represión, la corona.

Os ofrecemos a continuación unas pocas líneas de la situación que vivió Victoria Eugenia tras el derrumbe de la monarquía y el fin de su relación matrimonial.

Apuntes sobre Victoria Eugenia de Battemberg, reina de España –fragmentos-

María del Carmen Calderón Berrocal. Academia Andaluza de la Historia

[Nota de Pilar de Baviera, prima del rey. Día 15 de abril, tras la huida del rey Alfonso XIII. Nota FRKA]

Antes de las diez subieron la Reina y su familia, de incógnito, en los coches reales que les esperaban fuera de la entrada. (...)

La Reina deseaba que su salida fuese lo más tranquila posible, pero no se pudo evitar que muchos amigos de la Familia Real se enterasen de ella; y en un sitio de la Casa de Campo donde se habían reunido, la Reina se apeó y, sentada en una roca, celebró una recepción improvisada, en circunstancias inolvidables. La escena merece figurar entre las más emocionantes de la Historia. Los que lo dejaron todo repentinamente para acompañar a su Reina en el destierro merecen ser nombrados con honor. Fueron la Duquesa de San Carlos, la Condesa del Puerto, el Mayordomo Marqués de Bendaña, la Marquesa de Hoyos, la Duquesa de la Victoria, la Duquesa de Lécera y otros varios de la Corte.

Allá, en la lejanía, estaba Madrid, entre la soleada neblina de la mañana, y con él, un cuarto de siglo de servicio firme y abnegado al pueblo español, ahora infiel. El sol daba en el blanco y erguido Palacio, espléndida cáscara sin su almendra. Y por el otro lado, El Escorial austero, santuario de siglos en la historia de España. La roca de la Reina, el ambiente, todo el paisaje, eran de los que Velázquez gustaba de pintar, y pintó, en efecto, desde este mismo sitio. Las dos jóvenes Infantas, graciosas aunque llorando, estaban rodeadas por sus amigas. Don Jaime, con esa rara fuerza interior y rectitud que suelen tener los sordos, preocupado por su madre, amparándola y evitándole disgustos en cuanto podía, suplía, inconscientemente, a su padre ausente y a su hermano el Príncipe de Asturias, que no podía dejar su coche. El joven Don Gonzalo, atento, modesto, gentil y sensitivamente tranquilo, estaba de pie al lado de la Reina. Llegó el momento de continuar el viaje. La Reina, temiendo llegar tarde, no quería, sin embargo, estar en la estación de El Escorial ni un minuto antes de la hora. Despedidas. Luego, al entrar en el coche, la última recomendación de la Reina a una de sus damas: "Cuide de mi Cruz Roja".



La reina despidiendo en la salida de palacio



Las elecciones municipales del 12 de abril dieron paso a la II República, que fue proclamada el día 14 de Abril de 1931. El día 15 de abril de 1931 por la mañana, la familia real abandonó el país, por separado. La reina Victoria Eugenia salía de la Villa y Corte con su familia por la puerta del Moro en dirección al Escorial y con la compañía de un grupo de leales. Tras salir de Madrid la reina se sentó en una peña diciendo a quienes le acompañan:

“Quiero llegar sola a El Escorial. Así verán únicamente a una familia desgraciada y no nos harán nada”.

La reina viajaría en tren hasta Hendaya y desde Hendaya a París.

El rey partiría desde el puerto de Cartagena hacia a Marsella, recalando también en París.



Victoria Eugenia en Lausana, 1956

Primeramente se instalaron en el Hotel Meurice, demasiado caro, entonces se instalan en una casa en Fontainebleau, Victoria Eugenia siempre acompañada de sus leales y máximos apoyos desde hacía mucho tiempo atrás, los duques de Lécera.

Dijo Balansó que la reina *“notablemente leal a su marido”*, *“buscaba refugio a sus penas entre los brazos de su amiga, la duquesa de Lécera”*. A estos leales que acompañaban a la reina se los denominó *“Los Elegantes”*, pues eran refinados, cultos, anglófilos.

(...)Siempre que alguien es muy admirado tiene alrededor de sí a maledicentes y especuladores que pretenden, por todos los medios, el acoso y derivo de su figura, pues por no tener lo que el sujeto tiene, se niegan en rotundo a que el mismo sujeto lo tenga. Esta es la base de todo acoso: la envidia. Victoria Eugenia era una mujer muy admirada, bella, elegante y, además, reina, casada con un hombre que la quería aunque no dejaba de tener aventuras (pero los Borbones son así), más o menos largas, pero seguía casado con ella, aunque en la época no existía en España el divorcio, sí podía el regio matrimonio haberse separado, pero seguían juntos, incluso ya en el exilio tardaron en separarse. Todavía es objeto de especulaciones la naturaleza exacta de las relaciones de los duques y la reina, que parecía depender de los duques que eran mucho más su familia y su apoyo era mayor que el de su propio marido, que en esta etapa francesa ya tenía otra amante. Alfonso XIII en medio de una discusión con la reina provocada por su amistad con los duques, le exigió a su esposa que eligiera entre los Lécera y él; y, según la misma Victoria Eugenia, suponemos que muy harta de las infidelidades y locas acusaciones de su esposo en tema de hemofilia, desgracia familiar y posesión marital, su respuesta fue la célebre frase:

“Los elijo a ellos y no quiero volver a ver tu fea cara en la vida”. ..□

Tras separarse de Alonso XIII, Victoria Eugenia vivió un tiempo en Inglaterra y después, en 1948, se instalaría en Vielle Fontaine de Lausana, Suiza.

Falleció en su mansión Suiza, falleció un 16 de abril de 1969, un día y 38 años después de abandonar en tren, junto a sus hijos, la España de la que fue reina consorte.□



Las elecciones del 12 de abril y la proclamación de la II República contadas por el diario Heraldo de Madrid

Heraldo de Madrid, periódico del que Carlos Sampelayo fue redactor habitual y especialmente en los frentes de la guerra española, cuenta en las portadas y primeras páginas la alegría y muy pacífica celebración por el fin del reinado de Alfonso XIII y el consiguiente paso del pueblo español de súbditos a ciudadanos. Bajo las respectivas imágenes aparece un link para acceder a las páginas en buen tamaño que os recomendamos leer.



<https://fundacionacin.org/wp-content/uploads/2024/04/nw240 Heraldo-de-Madrid-1931 04 13.pdf>



© Biblioteca Nacional de España

<https://fundacionacin.org/wp-content/uploads/2024/04/nw241 Heraldo-de-Madrid-1931 04 14.pdf>

